

Animales y mitos clásicos en Indias

Jesús Paniagua Pérez

Instituto de Investigación en Humanismo y Tradición Clásica
Universidad de León

Resumen: La naturaleza americana también entró en el terreno de lo mítico y de manera muy especial su fauna, aunque faltaban los grandes cuadrúpedos de Asia y África. De ella hubo que hacer una interpretación, para lo que con frecuencia se utilizó la obra de Plinio el Viejo o se establecieron identidades con los animales europeos o con los monstruos e híbridos, que heredados del mundo clásico, pervivieron y se transformaron a lo largo de la Edad Media. Esos monstruos eran considerados como unos seres intermedios entre los animales y el hombre y no faltaron cinocéfalos, hombres de grandes orejas, gigantes, etc. Tampoco faltaron los seres híbridos, como sirenas, faunos, grifos, etc. Todo ello en función de exaltar la imagen del héroe.

Palabras clave: Animales. Mitos clásicos. Indias.

Abstract: Nature in the Americas also entered into the terrain of myth, especially its animals, even though there were none of the great four-legged beasts of Asia and Africa. These had to be explained, often using the works of Pliny the Elder, or else they were compared to European animals, or with the monsters and hybrids that, inherited from the Classical world, survived and transformed themselves during the Middle Ages. These monsters were considered to be beings somewhere between animals and man, and cynocephalus, men with huge ears, giants, etc. were not lacking. Neither were hybrid beings, such as mermaids, fauns, griffins, etc. All served to exalt the image of the hero.

Keywords: Animals. Myths. Indies.

* Este trabajo debemos inscribirlo en el Instituto de Humanismo y Tradición Clásica de la Universidad de León y de su proyecto del Ministerio de Economía y Competitividad. Subdirección General de Proyectos de Investigación FFI2012-37448-CO4-01.

La visión de los europeos del Nuevo Continente se hizo muchas veces en clave clásica, aunque con frecuencia tamizada por la mentalidad medieval. La aparición de la imprenta multiplicó la influencia de los autores grecolatinos, a quienes con frecuencia se consideraba como representantes de la verdad, puesto que muchos habían sido readaptados al pensamiento cristiano. Por tanto, los mitos y las fantasías del mundo clásico no tardaron en trasladarse a América y, desde luego, a su fauna, porque el viaje a lo desconocido solía generar la idea de un mundo maravilloso, en que los animales jugaban un papel preferente.¹ Buarque de Holanda nos dirá que esos seres tuvieron para los europeos un significado trascendental en el Renacimiento y en el siglo XVII,² no en vano, entre muchos poderosos, proliferaron los “zoológicos” de animales exóticos.

También es cierto que no tardó en imponerse una lucha entre la tradición y la realidad. La primera, a pesar de las comprobaciones empíricas, se resistía a ceder. El primer ejemplo nos lo ofrece ya el propio Colón, que no pudo hallar un mundo animal especialmente llamativo y tuvo que refugiarse en la flora para salir del atolladero.³ Aún así, no renunció del todo a las fantasías, porque en su condición de alucinado, como se le ha definido algunas veces, combinaba “las experiencias y afanes cotidianos con recuerdos y fantasías del pasado”.⁴ Tras él, lo que caracterizó con frecuencia a los animales americanos fue su rareza, que en muchos casos no era tanta, pero que al decir de Fernández de Oviedo, a veces, resultaban “muy extraños a la vista de los cristianos, y muy diferentes de todos los que se han dicho o visto en España ni otras partes”.⁵ Casi como un resumen de todo lo que sucede con la fauna americana es el canto XXIII de *La Araucana* de Alonso de Ercilla.

Es evidente que no podemos hacer todo un repaso de la fauna fantástica de América. De hecho, apenas mencionaremos la ictiofauna, que dio lugar a tantas fantasías. Pretendemos tan solo mostrar cómo un mundo maravilloso de origen clásico fue impregnando la visión del Nuevo Mundo por unos europeos a los que les costó aceptar aquella realidad por sí misma y necesitaron adaptarla a su tradición para poderla comprender.

¹ Puede verse como ejemplo la obra de L. Weckmann, *La herencia medieval de México*, México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

² S. Buarque de Holanda, *Visión del Paraíso (Motivos edénicos en el descubrimiento y colonización del Brasil)*, Caracas: Ayacucho, 1987, p. 283.

³ Juan Gil, *Mitos y utopías del Descubrimiento*, 3 vols., Madrid: Alianza, 1989, I, pp. 24-25.

⁴ A. Rosenblat, *El español de América*, Caracas: Ayacucho, 2002, p. 137.

⁵ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Sumario de la Historia Natural de las Indias*, Madrid: Historia XVI, c. XXII.

La influencia de Plinio⁶

La relación del mundo clásico con América cumplió muchas funciones, pero, sin duda, una de las más importantes era la de vincular las Indias al Viejo Mundo e incardinarlas en un mismo proceso cultural. Por tanto, los autores grecolatinos debían ser integradores y garantes en el proceso, bien fuese a través de las consideraciones filosóficas, históricas, naturales o meramente descriptivas y/o metodológicas. Esa situación se producía paralelamente a lo que sucedía con el proceso bíblico. Uno de los autores indianos que mejor reflejó aquella incorporación del mundo clásico fue el Inca Garcilaso de la Vega, que no dudó en comparar el imperio inca con el romano, incluso en lo que se refiere a la lengua.⁷ Paralelamente a él, la obra de Gregorio García recurrió a todo un cúmulo de citas clásicas de los más diversos autores, prevaleciendo Plinio, para sus justificaciones del origen del hombre americano, y con frecuentes alusiones a los animales.⁸ Es más, imitando al autor latino fueron muchos quienes incluyeron en sus títulos o en algunos de sus capítulos la denominación *Historia natural*, como hizo Fernández de Oviedo, que llegó a decir, que por no desconocer a Plinio lo que era suyo, le había seguido en el título de su obra.⁹

Esto no quiere decir que la influencia clásica llegase solamente de la mano de Plinio, pues fueron referentes con cierta frecuencia autores como Platón, Aristóteles, Solino, Pomponio Mela, Ptolomeo... Y, obviamente, en lo que al mundo animal se refiere, autores cristianos como san Agustín, san Isidoro, san Alberto Magno, etc.; pero ninguno de ellos, ni siquiera la obra de Claudio Eliano, *De natura animalium*, pudo compararse en cuanto a influencias con la de Plinio.

Por motivos muy diferentes, desde los primeros momentos surgió la necesidad de describir aquel mundo nuevo. Iban desde la simple curiosidad de los autores o de otros interesados a los evangelizadores, sin olvidar el interés de la administración para actuar sobre aquellos territorios, en función de las necesidades que se despertaron a uno y otro lado del Atlántico. Esto último fue de tal relevancia, que se llegó a nombrar un cronista oficial de las Indias y, aunque el cargo se mantuvo todo el periodo colonial, a partir de la segunda

⁶ Sobre la influencia de Plinio en América puede verse J. Paniagua Pérez, "Plinio en las Indias", en M. I. Viforcós Marinas y M. D. Campos Sánchez Bordona (eds.), *Otras épocas, otros mundos, un continuum*, Madrid: Tecnos, 2010, pp. 339-359.

⁷ Garcilaso de la Vega, el Inca, *Comentarios reales; la Florida del Inca*, Madrid, Espasa-Calpe, 2003, Proemio y c. XX.

⁸ Gregorio García, *Origen de los indios del Nuevo Mundo e Indias Occidentales*, Valencia: Pedro Patricio Mey, 1607.

⁹ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, 5 vols., Madrid: Atlas, 1992, L. I, c. I.

mitad del siglo XVII su actividad se vio muy disminuida, pasando la propiedad del cargo, a partir de 1755, a la Real Academia de la Historia.

En aquellas descripciones el mundo de la naturaleza tenía un gran atractivo bien por motivos puramente crematísticos, pero también por los medicinales, filosóficos, míticos e, incluso de necesidad de alimentar el pensamiento y la mentalidad europeos. Para ello la obra de Cayo Plinio destacó con luz propia en el mundo americano desde los primeros tiempos, y buen ejemplo son los escritos de Pedro Mártir de Anglería, Alejandro Geraldini, López de Gómara, Fernández de Oviedo, Bernal Díaz del Castillo y un larguísimo etcétera. Incluso, remontándonos al propio Cristóbal Colón, se ha hablado de la influencia que en él pudo tener, cosa que acertadamente descarta el Dr. Juan Gil, a quien ahora homenajeamos, pues el genovés solo le cita una vez durante el primer viaje, y en una parte del texto que se considera como una interpolación tardía.¹⁰ Pero lo cierto es que el autor latino fue muy solicitado en las Indias. Valga el ejemplo del librero de Alcalá de Henares, Juan Sarriá, que en 1603 enviaba a Perú 37 ejemplares de su obra, número sensiblemente mayor a las obras de otros clásicos como los doce de Virgilio, los ocho de Apuleyo y los dos de Terencio.¹¹ Igualmente era fácil encontrar la *Naturalis historia* en las bibliotecas americanas, como se puede apreciar en algunos estudios que sobre el tema se han realizado, como en la obra coordinada por Hampe Martínez,¹² así como se constata su temprana presencia en la biblioteca del Colegio de Tlatelolco. Recordemos que la obra de Plinio, junto a la Biblia y los *Elementos* de Euclides, fue la más editada desde la invención de la imprenta hasta 1799; en concreto se conocen en ese tiempo 190 ediciones.¹³ Hasta tal punto era influyente que Gonzalo Fernández de Oviedo diría al iniciar su *Historia natural* que “yo en aquesta mi obra y primera parte de ella... en todo en cuanto le pudiera imitar, entiendo hacerlo”.¹⁴ Sin decirlo tan expresamente, la *Historia* de Sahagún se guiaba por Plinio, especialmente el libro IX; aunque algunos autores piensan más en la influencia del *De proprietatibus rerum*, de Bartolomé Ánglico, que a la postre era seguir también el modelo pliniano.

¹⁰ Juan Gil, *Colombiana. Estudios sobre Cristóbal Colón 1984-2006*, Santo Domingo: Academia Dominicana de la Historia, 2007, pp. 96-97.

¹¹ Gil, *Colombiana*, p. 122.

¹² Sobre esto pueden verse varios trabajos de los incluidos en la obra de T. Hampe Martínez (comp.), *La tradición clásica en el Perú virreinal*, Lima: Sociedad Peruana de Estudios Clásicos, 1994, por ejemplo en pp. 120-124, 229.

¹³ R. Moreno de los Arcos, “De Plinio y la *Historia natural* en Nueva España”, *Ensayos de historia de la ciencia y la tecnología en México*, México: UNAM, 1986, p. 12.

¹⁴ Gonzalo Fernández de Oviedo, *Historia*, L. I, c. I.

No era de extrañar, por tanto, que fuesen muchos los autores que ensalzaron al maestro de Como, especialmente aquellos que, sin serlo, tuvieron que actuar como naturalistas. Los elogios se prodigaron y valga el ejemplo del P. José de Acosta, que le definió como “historiador entonces, profeta ahora”.¹⁵ Y todavía a finales del siglo XVIII Juan Antonio Alzate seguía dedicándole elogios.¹⁶ Por tanto, quienes afrontaron los estudios sobre la naturaleza americana, le tuvieron como referente. No en vano, la primera traducción al español, que llevó a cabo el médico Francisco Hernández, se realizó en buena parte y se remató durante su estancia en la Nueva España, a partir de 1570, cuando llegó como naturalista al servicio de Felipe II. A su regreso a la Corte, con la traducción acabada, intentó sin éxito su publicación, en 1578.¹⁷ Por tanto, aunque la labor de Hernández fue ardua, no pudo causar los efectos esperados y acercar la obra del latino a quien no podía leerla en latín. Desgraciadamente, aunque se ha hecho una publicación posterior, ya no se pudo disponer de todo el material del médico, pues varios volúmenes de todo su trabajo se perdieron en el siglo XVIII en un incendio de El Escorial, donde se hallaban depositados. En el prólogo de esa obra Hernández salía en defensa de Plinio y contra quienes consideraban que las cosas que relataba eran “mentirosas e increíbles”.¹⁸

Lo que no logró Francisco Hernández llegaría de la mano de Jerónimo Huerta, que después de algunos trabajos parciales, publicaría la traducción completa entre 1624-1629.¹⁹ Además, añadiría en los diferentes capítulos anotaciones y anexos al mundo americano, como los animales añadidos en el último capítulo del libro VI, amén de toda una serie de escolios. Por tanto, para esas descripciones, en concreto para las de los monstruos y los animales de carácter fantástico, quien mejor podía servir de modelo era Cayo Plinio el Viejo. Si se utilizaron también otros autores de tradición medieval, muchos de ellos reflejaban lo escrito por el latino.

Plinio, sin embargo, no fue simplemente imitado, sino que también recibió una cierta crítica en función de la nueva realidad, aunque con

¹⁵ José de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, México: Fondo de Cultura Económica, 1985, L. I, c. 10.

¹⁶ Juan Antonio Alzate Ramírez, *Gacetas de literatura de México*, Puebla: Manuel Buen Abad, 1831, II, pp. 75, 98, 440.

¹⁷ AGI, *Indiferente* 739, N. 60. G. Somolinos, “El fracaso editorial de la obra de Francisco Hernández”, *Cuadernos Americanos*, 120 (1951), pp. 163-179.

¹⁸ Francisco Hernández (tr.), *Historia natural de Cayo Plinio el Viejo, trasladada y anotada por el doctor Francisco Hernández*, 2 vols., Madrid: Visor, 1998, I, p. 6.

¹⁹ Jerónimo Huerta (tr.), *Historia natural de Cayo Plinio Segundo. Traducida por el licenciado Jerónimo de Huerta, médico y familiar del Santo Oficio de la Inquisición. Y ampliada por él mismo, con escolios y anotaciones en que aclara lo oscuro y dudoso, y añade lo no sabido hasta estos tiempos*, 2 vols., Madrid, Luis Sánchez y Juan González, 1624-1629.

frecuencia se le disculpaba. Los escritores sobre la naturaleza indiana, que no habían dudado en tomarle como modelo, fueron conscientes igualmente del desconocimiento de aquel Nuevo Mundo,²⁰ por lo que algunos de sus imitadores trataron de superar su obra o, cuando menos, de complementarla, pues, como diría Juan de Cárdenas, en 1591, si hubiera conocido las Indias se hubiese quedado absorto y espantado.²¹ Servía el modelo, pero había necesidad de ampliarlo. También es cierto que hubo algunos aspectos del autor que se respetaron, especialmente los que tenían que ver con las realidades zoológicas monstruosas, como lo expresó claramente el P. Juan Eusebio Nüremberg, que consideraba que lo visto en las Indias le acreditaba.²²

Hubo algún detractor más o menos abierto, como Bernabé Cobo, que dice no molestarse en saber si las cosas que describe coinciden con las de los antiguos “como Plinio, Dioscórides y otros”, porque pensaba que aquello, lejos de facilitar las cosas, las convertía en más oscuras.²³

Animales reales y la necesidad del mito

En América, como es sabido, faltaban los grandes y feroces animales que se conocían de Asia y África. Todo lo más, se había encontrado una fauna de parientes mucho más endebles, que en determinados momentos permitieron hablar, por ejemplo, de “leones cobardes” para referirse a los pumas. Incluso, como era cierto, se habló de fieras que no igualaban en tamaño y bravura a las de África.²⁴ Pero toda aquella fauna, por los relatos que se hicieron, también interesó en Europa. No olvidemos, por ejemplo, que en 1632 se ordenaba a las autoridades americanas que enviasen ejemplares de las fieras de aquella tierra y que previamente habían llegado ejemplares de diferentes especies a los zoológicos de algunos dignatarios.

Aquel interés europeo fue alimentado por los impresores, que con frecuencia favorecieron la alteración de la realidad para hacer más atrayentes las obras. Los propios autores también contribuyeron a ello por su mentalidad europea o porque algunos no conocieron nunca las Indias. Un buen ejemplo, amén de algunos conocidos españoles, es el de Arnoldus Montanus, en 1670.

²⁰ Francisco Cervantes de Salazar, *Tres diálogos latinos*, México: Andrade y Morales, 1875, p. 149.

²¹ Juan de Cárdenas, *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, México: Ocharte, 1591.

²² J. Eusebio Nüremberg, *Curiosa y oculta filosofía*, Madrid: Imprenta Real, 1633, L. IV, c. XIV.

²³ Bernabé Cobo, *Obras*, 2 vols., Madrid: Atlas, 1964, I, p. 156.

²⁴ José de Acosta, *Historia natural*, L. I, c. 20.

²⁵ AGI., *Indiferente* 429, L. 38, f. 23.

cuya obra fue publicada por Ogylby en Londres, en 1671, entre otras, con el título *America, being an accurate description of the New World*; lo mismo sucedía con la de la Simon de Vries, publicada en 1682.²⁶

Muchos europeos, herederos de toda una tradición de fantasías y mitos clásicos y medievales, se resistieron a creer en la no existencia de feroces y enormes animales, que de alguna manera mitificaran el espacio al que habían llegado, pues se consideraban necesarios para escenificar una naturaleza agresora, que ensalzara al héroe dominante sobre la misma, como lo hizo André Thevet.²⁷ Pero aquellos ejemplares estaban ausentes de la realidad americana, lo que no evitaba las fantasías de gentes que se negaban a aceptar esa realidad y que alimentaron las fantasías. En la pintura flamenca, Jan Van Kessel, a mediados del XVII introdujo animales inexistentes en América como elefantes, jirafas e, incluso, unicornios. Martín del Barco Centenera, en la dedicatoria de su obra sobre el Río de la Plata al marqués de Castel Rodrigo, escribía:

... porque el mundo tenga entera noticia y verdadera relación del Río de la Plata, cuyas provincias son tan grandes, con gentes, tan belicosas, animales y fieras tan bravas, aves tan diferentes, víboras y serpientes, que han tenido con hombres conflicto y pelea, peces de humana forma, y cosas tan exquisitas, que dejan en éxtasis a los ánimos de los que con alguna atención las consideran.²⁸

Aun así, pronto hubo dos tipos animales reales que ocuparon aquel espacio, como representantes principales de esa épica que se negaba a aceptar la realidad: los grandes reptiles y los grandes felinos. De hecho ya vivían en la tradición prehispánica y habían recibido culto en sus diferentes variantes en muchas culturas, incluso con representaciones que debieron sorprender a los españoles por su monstruosidad, como la de Quetzalcoatl o las híbridas, sobre todo de felinos, que se encontraron en muchas culturas a lo largo de toda América. Felinos y reptiles eran casi los únicos animales peligrosos de cierto tamaño que los europeos vieron y sobre los que, de una forma más o menos tamizada, nos transmitieron su carácter mitológico, según sus intereses. Algunos sintieron el enconamiento de las espantosas serpientes y los temibles rugidos de los leones.²⁹ Así, escribiendo sobre las minas de esmeraldas de

²⁶ S. de Vries, *Curieuse aenmerckingen der bysonderste Oost en West-Indische verwonderens-waerdige dingen; nevens die van China, Africa, en andere gewesten des werelds*, Utrecht: Johannes Ribbius, 1682.

²⁷ André Thevet, *Les singularités de la France Antarctique, autrement nommée Amérique*, se publicó en el mismo año, 1558, en París y Amberes.

²⁸ M. del Barco Centenera, *Argentina y conquista del Río de la Plata, con otros acaecimientos de los reynos del Perú, Tucuman y estado de Brasil*, Lisboa: Pedro Crasbeeck, 1602.

²⁹ Juan de Castellanos, *Elegías de varones ilustres de Indias*, Bogotá: Rivas Moreno, 1997, D. II, c. IX.

aquel lugar nublado de Somondoco dice Montesinos que, además de tigres y leones, había una gran cantidad de culebras, que eran bravísimas y andaban en bandos, aunque huían con estruendo ante los ruidos.³⁰ Frente a las voraces serpientes estaban las mansas, producto de un hechizo, como el que nos relata Cieza de León, de serpientes grandes como una viga y, sin embargo, eran inofensivas porque una vieja encantadora subió a los Andes a adormecerlas, para que no hiciesen mal,³¹ casi como una reproducción del mito de Anguitia, la hermana de Circe y Medea.

Para los españoles, muchos de aquellos animales, a los que se podía dar culto, no eran sino una visión del maligno. Cieza menciona las auras, aves carroñeras y hediondas y otras de su linaje, que no eran sino demonios;³² Román nos dice que se adoraban zorras, tigres y leones para que no les hiciesen mal, porque el demonio domesticaba a aquellos animales.³³ Ramos Gavilán menciona al demonio con forma de gato montés en la isla de Titicaca, que se apareció a Tupac Yupanqui. Precisamente allí, en Copacabana, que los españoles convertirían en un lugar de peregrinación mariana, decía Calancha que se adoraban leones, buitres, culebras y sapos.³⁴ Es decir, el animal como objeto de adoración era la reencarnación de las fuerzas del mal, al que el hombre adoraba por miedo a otros males. En ese sentido, el mencionado Montesinos cuenta la aparición en el cielo, en tiempos de Cápac Yupanqui, de dos horribles cometas en forma de león y serpiente, a los que atacaban con saetas para que no devorasen a la luna, pues de lo contrario los instrumentos utilizados para su trabajo se convertirían en víboras, osos, tigres u otros animales nocivos.³⁵ Los ejemplos serían innumerables. Muchas veces se relataron en función de la liberación por el cristianismo, lo que convertía a los misioneros en otra especie de héroes en aquella tierra.

La fauna americana, además, presentaba novedades que hubo que vincular a la tradición del Viejo Mundo. Los pumas se convirtieron en leones y los jaguares en tigres; así Sarmiento de Gamboa habla de la ciudad del león para referirse a Cuzco, por su organización en forma de puma, al igual que

³⁰ F. Montesinos, *Memorias antiguas historiales y políticas del Perú*, Madrid: Manuel Ginesta, 1882, L. I, c. XVII.

³¹ P. Cieza de León, *Crónica del Perú*, Madrid: Historia 16, 1984, c. XCV.

³² Cieza, *Crónica*, c. CXVIII.

³³ J. Román, *Repúblicas del Mundo divididas en tres partes*, Salamanca: Juan Fernández, 1595, P. III, L. I, c. III.

³⁴ A. Ramós Gavilán, *Historia del célebre santuario de Nuestra Señora de Copacabana y sus milagros e invención de la cruz de Carabuco*, Lima: Jerónimo Contreras, 1621, L. I, c. XXVI. A. de la Calancha, *Crónica moralizada del Orden de S. Agustín en el Perú con sucesos ejemplares vistos en esta Monarquía*, Barcelona: Pedro de Lacavallería, 1639, L. I, c. V.

³⁵ Montesinos, *Memorias*, L. II, c. VIII.

tenían otras ciudades como Tomebamba. La fantasía estaba servida para muchos. Incluso simbólicamente se establecieron paralelismos y, lo mismo que en muchos palacios e iglesias de Europa se colocaban leones, como creyó Gaspar de Carvajal en el capítulo XXIV de su viaje por el Amazonas, o como los menciona Martín del Barco respecto del Señor de Paititi:

Una casa el señor tenía labrada,
de piedra blanca toda hasta el techo,
con dos torres muy altas a la entrada,
había del una al otra poco trecho.
y estaba en medio de ellas una grada
y un poste en la mitad de ella derecho,
y dos vivos leones a sus lados,
con sus cadenas de oro aherrojados.³⁶

Los símbolos en general, y los de animales en particular, emigraron desde la vieja tradición del mundo clásico. Recordemos en Santo Domingo la tumba de Alejandro Geraldini, sostenida por leones; en Tunja las pinturas de las casas del fundador, la del escribano o la de Juan de Castellanos. Interesante es un dintel de San Francisco de Maras (Cuzco), donde dos leones afrontados sostienen la mascapaicha. O las llamativas imágenes que utilizó Freyle para identificar la murmuración con los tigres de Hircania, el león de Getulia o la osa de Libia;³⁷ expresiones que utilizaría también Vargas Machuca hablando de los araucanos³⁸ o el *Romance anónimo*, que comparó a las vicuñas con los tigres de Hircania. Imágenes salidas de la tradición clásica, como por ejemplo (VERG. *Aen.* 5, 351; HOR. *carm.* 1, 23; PLIN. *nat.* 8, 16; MELA 3, 43).

Sin duda, los animales que se vieron como más peligrosos en el mundo americano, y en ello sí había visos de realismo, aunque este tendiera a exagerarse, fueron los reptiles. Sobre las serpientes se puso el acento de las fantasías clásicas y medievales; así, en *La Argentina* se mencionaba la “terribilísima” serpiente que atacó a Salazar.³⁹ Incluso en un afán por exagerar lo horrible de su aspecto y su potencia se habló de que las había con pies y alas e, incluso, con dos cabezas como las que nos menciona Herrera y Tordesillas⁴⁰ y que

³⁶ Del Barco, *La Argentina*, canto V.

³⁷ Juan Rodríguez Freyle, *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada (El Carnero)*, Madrid: Historia 16, 1986, c. XIX.

³⁸ Bernardo Vargas Machuca, *Milicia y destrucción de las Indias*, Madrid: Pedro Madrugal, 1599, Ap. 4.

³⁹ Del Barco, *La Argentina*, canto 3.

⁴⁰ Antonio de Herrera y Tordesillas, *Historia General de los hechos de los castellanos en las islas y tierra firme del mar Océano*, 4 vols., Madrid: Universidad Complutense, 1991, D. IV, L. X, c. XII.

igualmente había mencionado Bernardino de Sahagún.⁴¹ El águila atacando a la serpiente, que los españoles se encontraron en el imperio azteca, no era para ellos nada nuevo, pues estaba en la tradición desde Homero, y los cristianos la habían convertido en símbolo de la lucha contra el pecado.

Igualmente se exageró con frecuencia sobre el yacaré; de hecho Ulrich Schmidl llegó a decir que su fealdad era tal, que si al mismo animal se le ponía un espejo, al verse, caía muerto.⁴² Juan de Cárdenas en la introducción de su obra no dudaba en comparar el cocodrilo de Plinio con el caimán americano, saliendo favorecido este. En América, a Bernardino de Sahagún el caimán le parecerá un animal aterrador: largo, grande y grueso, al cual no le faltarán alas y que tiene cara y dientes como persona. Y tanto se transformará la imagen de este terrible saurio, que Juan de Castellanos se referirá a él como a un fiero dragón y a una acuática serpiente, permanentemente enfrentado al tigre.⁴³

La escasez de animales de gran tamaño o de gran peligro y fuerza no provocó en los primeros siglos el que se cesase en su hallazgo. Como si en la mente de algunos europeos golpease machaconamente el “tienen que estar”. Una tierra tan desconocida y alejada como aquella no podía quedar exenta del mito y la fábula de animales que los autores antiguos generalmente trasladaban hacia Oriente. Por el contrario, habían aparecido otros animales desconocidos, que hubo que asimilar y que con frecuencia fueron trasladados al mundo de los monstruos, puesto que la monstruosidad hacía referencia a seres anormales respecto a los de su misma especie; así, el pecarí se identificaba con el cerdo, pero con el ombligo en la espalda; los bisontes y los búfalos fueron considerados como toros deformes; las llamas eran carneros; incluso para la vicuña se recurrió a la catalogación de las *capreas*, que habían hecho Aristóteles y Plinio, por lo que su monstruosidad estaba en la carencia de cuernos.⁴⁴ Otros, como Francisco de Albo, vieron en las antas una similitud a los camellos, “pero sin comba”, aunque hay quien dice que en realidad no habla de antas sino de guanacos.⁴⁵

Entre aquellos animales que “tenían que estar”, probablemente donde más se cargaron las tintas fue en los elefantes. Un resumen de aquel deseo inútil lo recoge Montesinos en su obra, lo que indica que la mente se resistía a aceptar la realidad. De entrada, el autor nos habla de los restos encontrados

⁴¹ Bernardino de Sahagún, *Historia general de las Cosas de la Nueva España*, México: Porrúa, 1979, L. XI, c. 5.

⁴² Ulrich Schmidl, *Viaje al Río de la Plata*, Buenos Aires: Emecé, 1997, c. XXXV.

⁴³ Castellanos, *Elegías*, II, p. 383.

⁴⁴ García, *Origen*, L. II, c. IV, 6.

⁴⁵ Francisco Albo, “Diario o derrotero del viaje de Magallanes”, en Martín Fernández de Navarrete (ed.), *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV*, Madrid: Imprenta Nacional, 1837, IV, p. 214.

en las obras del desagüe de México, según el relato de fray Pedro Simón, y que los entendidos habían colocado en la época del Diluvio.⁴⁶ Efectivamente, el hallazgo era un dato real, pues se trataba de restos de mamuts, que se habían extinguido en América hacía unos 11.000 años. Pero para muchos autores no solo eran evidencias arqueológicas, había igualmente una realidad, que incluso se justificaba, como los que podía haber en el Paititi y El Dorado, pues esas regiones coincidían en los paralelos donde aquellos animales se daban en Asia y África. Y el elefante llegó a encontrarse. Antonio de Herrera relataba que en Tierra Firme había unos animales parecidos a los elefantes.⁴⁷ El padre fray Jerónimo Jiménez, al que Montesinos conoció en Lima, había estado tierra adentro y había escrito a su provincial y a un amigo sobre la noticia cierta de la existencia de tales proboscidios. Decidido a indagar aquello, conectó con otro religioso que había acompañado al anterior en su expedición, y como consecuencia nos relata que

unos indios habían llevado uñas de antas y otras mayores, y preguntados por los animales que tenían aquellos pies, respondieron que eran muy grandes y que en la boca tenían cuernos, por lo que coligieron ser elefantes con sus colmillos. Llegará el tiempo en que se plante la fe católica por aquellas partes y se descubrirá la verdad.⁴⁸

En realidad se trataba de tapires, que tienen trompa y colmillos, pero que solo alcanzan dos metros de largo y su altura raramente sobrepasa el metro.

Y lo mismo que con los elefantes se especuló también con los animales que llevaban un carbunco en su frente, que ocultaban con su piel para no atraer a los cazadores. Antigua historia del Viejo Mundo, que todavía algunos consideraban que existían en el entorno de Gibraltar y que en América había relatado su existencia el obispo de Bahía de Todos los Santos,⁴⁹ aunque se asimiló a muchos lugares. Son significativos los versos de *La Argentina*, donde se le define:

Un animalejo es algo pequeño
con espejo en la frente reluciente
como la brasa ígnea en recio leño
corre y salta veloz y diligente.
Así como le hieren, echa en el ceño
y enturbiase el espejo de repente,

⁴⁶ Montesinos, *Memorias*, L. I, c. XXVII. Pedro Simón, *Noticias históricas* N. 1, c. 10, n. 4.

⁴⁷ Herrera, *Historia*, D. I, S. X, c. 9.

⁴⁸ Montesinos, *Memorias* L. I, c. XXVII

⁴⁹ Montesinos, *Memorias*, L. I, c. XIX.

pues para que el carbunclo de algo preste
 en vida el espejuelo sacan de este⁵⁰

Y surgía también todo un sinfín de similitudes con el mundo clásico, que llegaron a inducir la presencia de griegos y romanos en tiempos pretéritos. Los huyricuc eran los sacerdotes incas que examinaban las vísceras de los animales para predecir el futuro, como lo hacían los arúspices romanos.⁵¹

Las metamorfosis de animales también ayudaron a vincular a América con el mundo clásico. Ovidio, sin duda, era el gran referente y así lo expresa Castellanos:

Y de las transformaciones dicen tantas,
 que si hiciese memoria dellas,
 de solas se haría más volumen
 que el otro del poeta sulmonense

Las metamorfosis animales fueron frecuentes en las culturas americanas, aunque hubo autores que las despreciaron, como Anglería, que llegó a decir que “tan galano disparate es el uno como el otro”, al relacionar los mirmidones de la isla de Egina, de hormigas convertidas en varones, con la conversión que se hizo en La Española por falta de mujeres.⁵²

Recordemos que en América muchos mitos de origen tenían este fenómeno como esencial. Por tanto no eran necesarios allí ni un Esopo ni un Ovidio “para urdir tan lindas fábulas y mentiras.”⁵³ Quien así lo definía nos cuenta algunos de esos mitos, como el de los indios del Perú creados por el dios Con y destruidos por Pachacamac, que los convirtió en una especie de gatos. Igualmente nos cuenta que los dioses originarios de los mixtecos se habían convertido en águila y en serpiente voladora.⁵⁴ Ni siquiera faltan las litomorfosis como la de Ayar Auca, al que primero le habían nacido unas alas y luego se convirtió en piedra.⁵⁵ Junto a esto los seres malignos que se transformaban en la noche, como los alebrijes de los que nos habla Sahagún.⁵⁶ Es decir, todo un mundo de transformaciones maravillosas, pero que no eran ajenas a los europeos, sino que les acercaban a su cultura tradicional.

⁵⁰ Del Barco, *La Argentina*, canto III.

⁵¹ García, *Origen*, L. IV, c. II.

⁵² Ov. *met.* 6, Pedro Mártir de Anglería, *Décadas del Nuevo Mundo*, Madrid: Polifemo, 1989, D. 1, c. IX.

⁵³ García, *Origen*, L. V. c. II.

⁵⁴ García, *Origen*, L. V, cc. IV y VIII.

⁵⁵ Pedro Sarmiento de Gamboa, *Historia de los Incas*, Madrid: Miraguano, 2007, c. XIII.

⁵⁶ Sahagún, *Códice Florentino* 5, 31.

Los monstruos de aspecto humano

Algo que no podía faltar en las nuevas tierras eran los monstruos. Según algunos autores cristianos como san Agustín, san Isidoro y san Alberto, entre otros, el monstruo era un ser intermedio entre el animal y el hombre, que por su aspecto simbolizaba lo peor de los vicios y defectos de este: comían carne humana, tenían una sexualidad desenfrenada, se dejaban arrastrar por la ira, etc.; pero, también formaban parte del plan divino, puesto que anunciaban, manifestaban, mostraban y predecían algo,⁵⁷ de ahí que el Santo de Hipona explicase que su nombre derivaba de *monstrare*. Siguiendo la tradición de los clásicos, este santo es probablemente quien más profundizó en el problema, hablando de cinocéfalos, pigmeos, sciópodos, etc., de los que dice que los cristianos no pueden dudar que descienden de Adán, pero a los que la naturaleza ha sometido a cambios;⁵⁸ era algo semejante a lo que Paracelso planteaba en el siglo XVI con determinados seres que, sin ser humanos, mantenían parentesco con los hombres, aunque su origen estaba en los cuatro elementos y carecían de alma, por lo que la muerte era el final de su existencia.⁵⁹ Por la misma época Ambroise Paré llegaba a dar unas curiosas causas de la monstruosidad.⁶⁰ Lo cierto es que no se les solía negar la humanidad. Las Indias, por lo menos en algunos autores y en algún momento, serían un *locus* de la monstruosidad, que explicaría que en el mapa de Juan de la Cosa aparezca un ser acéfalo.

La presencia de monstruos en América suponía coronar un proceso de creencias del hombre europeo, que desde la época clásica los había ido trasladando de un lugar a otro. Implicaban un mundo maravilloso, en el que el héroe debía realizarse como un Ulises, un Aquiles, un Jasón, un Alejandro, ... o cualquier otro de las novelas de caballería. Pero ya el propio Colón tuvo que reconocer que solo había visto caníbales, que le sirvieron para mantener la tradición monstruosa.⁶¹ El no verlos no suponía su inexistencia y se recurría a la tradición oral; así, en su diario, el 4 de noviembre de 1492, manifestaba lo que algunos indios le habían contado, que “lexos de allí avía hombres de un ojo y otros con hoçicos de perros que comían hombres, y que en tomando uno lo degollavan y le bevían la sangre y le cortavan su natura...”. En febrero de 1493 diría “en estas islas hasta aquí no he hallado hombres mostruos, como muchos pensaban, mas antes es toda gente de muy lindo acatamiento, ni son

⁵⁷ ISID. *orig.* 11, 3-4.

⁵⁸ AVG. *civ.* 16, 8.

⁵⁹ Paracelso, *Libro de las ninfas, los silfos, los pigmeos, las salamandras y los demás espíritus*, Barcelona: Obelisco, 1987.

⁶⁰ Ambroise Paré, *Monstruos y prodigios*, Madrid: Siruela, 1993.

⁶¹ C. Colón, *Textos y documentos completos*, (ed. de C. Varela), Madrid, Alianza, 1982, pp. 144-145.

negros como en Guinea, salvo con sus cabellos correndíos”;⁶² precisamente esto lo decía al día siguiente de haber escrito que le habían hablado de la provincia de Avan, donde nacía gente con cola, que el tampoco había visto.⁶³

De nuevo Plinio y otros autores clásicos, directamente o a través de la tradición medieval, estaban presentes y se prestaban a ser autoridades en la materia, como nos lo resume Gregorio García a principios del siglo XVII:

Para prueba de esto y para que no sea dificultoso de creer, quiero referir aquí varios monstruos, así de hombres como de animales. Muchos historiadores y geógrafos antiguos, como son Plinio,⁶⁴ Solino,⁶⁵ Pomponio Mela⁶⁶ y otros refieren que antiguamente hubo en la India Oriental y en otras partes muchas y varias diferencias de monstruosos hombres, como son pigmeos o enanos, que peleaban con las grullas; hombres con sola una pierna y la pata tan grande, que les servía de defensa para el sol y agua; otros con dos orejas tan grandes, que para dormir, la una les servía de colchón y la otra de manta para cubrirse; otros con cabezas como perros; otros sin cabeza, con los ojos y boca en las espaldas; otros con los pies vueltos al revés y en cada pie ocho dedos; otros hermafroditas, que tenían naturaleza de hombres y de mujeres; otros que en un ojo tenían dos pupilas y en el otro la forma de un caballo; otros que los varones tenían los pies de un codo en largo y las hembras, tan pequeños, que las llamaban strupodes, que quiere decir pie de pájaro; otros que en lugar de nariz tenían solamente un agujero, las piernas tuertas como sierpes y eran llamados sintcos; otros llamados ástomos, que no tenían boca, los cuales vivían de solo olor que recibían por la nariz, y así no usaban de comida ni bebida, pero usaban varios olores de raíces, flores y frutos silvestres, las cuales llevaban consigo en los caminos largos, porque no les faltase el olor, que era su alimento, y con cualquier olor malo morían fácilmente.⁶⁷

La *Naturalis historia* había sido el vehículo a través del cual se popularizaron los monstruos en el mundo europeo. San Isidoro los incluyó en el libro undécimo de sus *Etimologías*, siguiendo casi al pie de la letra a Plinio, cuando decía, por ejemplo:

... en Etiopía existe el pueblo de los esciopodas, dotados de extraordinarias piernas y de velocidad extrema. Los griegos los denominan skiópodai porque durante el verano, tumbados de espaldas sobre la tierra, se dan sombra con la enorme magnitud de sus pies.

⁶² Colón, *Textos*, Carta de 15 de febrero de 1493.

⁶³ Colón, *Textos*, Carta de 15 de febrero de 1493.

⁶⁴ PLIN. *nat.* 7, 2.

⁶⁵ SOL. 55.

⁶⁶ MELA, 3, 6 y 7.

⁶⁷ García, *Origen*, L. II, c. IV, 2.

Todos aquellos seres fueron siguiendo con mayor o menor éxito el camino de América. Aunque mencionaremos algunos más particularmente, recordemos, como ejemplos, que Tezozomoc mencionaba a los hombres de un solo pie y a los de cabeza en el pecho. Estos últimos serían los que Walter Raleigh llamaba *ewaipanomas*, que tenían su rostro en el torso.⁶⁸ Fray Francisco de Escobar, que acompañó a Oñate a Nuevo México, en 1604, es un buen ejemplo de esos relatos fabulosos de monstruos en California que les hacía el indio Otata “que no con poco temor de no ser creído las osaré afirmar”, y que les mencionó una nación de gentes de grandes orejas, bajo las cuales cabían cinco o seis personas; los de largo pene que les daba cuatro vueltas a la cintura; otros que dormían bajo el agua; otros que se sustentaban del olor; los que dormían de pie. Y lo justificaba diciendo que, si Dios puede hacer estas cosas, podría haberlas hecho.⁶⁹

De gran importancia fueron los mencionados seres que disponían de grandes orejas. Su tradición, mantenida por los clásicos grecorromanos, habría que retrotraerla hasta Scylas de Caryande, que mencionaba a los *Otoliknoi* de la India, u orejones, y los *Enotokoitai*, que podían dormir envueltos en sus orejas. Plinio les ubicaría en Escitia, aunque aparecen también mencionados en autores como Megasthenes, Estrabón, Solino y Pomponio Mela. En América, al margen de los citados, fueron mencionados por muchos autores. Antonio Pigafetta, cronista de la expedición de Magallanes, relata haber llegado a una isla supuestamente habitada por una raza de enanos de enormes orejas; aunque, como no pudo verlos, no quiso dar crédito a esta historia. Todavía en 1613 Richard Harcourt mencionó una tribu de hombres de largas orejas que habitaban junto al río Maroni, en la Guayana.⁷⁰

Los cinocéfalos ocuparon un lugar preeminente. En el mundo clásico ya se encuentran en Herodoto y otros autores, como Claudio Eliano;⁷¹ aunque, como siempre, parece que es la tradición de Plinio la que pervive con más fuerza.⁷² Hizo referencia a ellos Marco Polo, cuyo libro poseía Colón y lo había anotado, amén de mencionarlos en su primer viaje.⁷³ Juan Eusebio

⁶⁸ W. Raleigh, *El descubrimiento del grande, rico y maravilloso imperio de Guayana*, Caracas, Juvenal Herrera, 1986, p. 134.

⁶⁹ Francisco de Escobar, “Relación de... del viaje desde el reino de Nuevo México hasta la mar del Sur”, *Missionalia Hispanica*, 43 (1986), pp. 373-394.

⁷⁰ Robert Harcourt, *A Relation of a Voyage to Guiana*, Londres: Hakluyt Society, 1928, p. 25.

⁷¹ Claudio Eliano, *Historia de los animales*, Madrid: Akal, 1989, L. X, 30. Gil, *Mitos I*, p. 30.

⁷² PLIN. *nat.* 8.

⁷³ Juan Gil (ed.), *El libro de Marco Polo anotado por Cristóbal Colón*, Madrid: Alianza, 1987. Colón, *Textos*, p. 302.

de Nüremberg dice que los que habían ido a las Indias habían encontrado cinocéfalos, como los que mencionaba Anglería o fray Pedro Simón y también los portugueses los encontraron en sus territorios, aunque no eran gigantes.

Pero la mayor parte de los informadores no habían visto aquellos monstruos que mencionaban y que supuestamente existían, por lo que, lo mismo que Colón, admitían su existencia a través de las referencias de terceros, como las que hizo, entre otros, Cieza de León, al relatarnos que en los Andes existían unos seres que eran mezcla de mono y hombre.⁷⁴ Antonio de Solís, en su relación de la Nueva España, al hablar del palacio de Moctezuma nos dice que había “monstruos, enanos, corcovados y otros errores de la naturaleza”.⁷⁵ El obispo Geraldini de su isla de Santo Domingo, hacia 1520, nos habla de hombres asilvestrados, de gran vellosidad, “tal como se pintan en las estancias públicas de los nobles y de los príncipes en Italia y España”.⁷⁶ Y el lugar de ubicación de estos seres generalmente coincidía con aquellos más impenetrables; de ahí que la Amazonía fue especialmente proclive a convertirse en su hábitat.

En muchos casos la monstruosidad se identificó con la barbarie, que tampoco implicaba la falta de humanidad, como decía Solórzano.⁷⁷ Y la barbarie no fue ajena a la antropofagia, principal elemento de monstruosidad que con claridad vieron los españoles desde Colón. Los antropófagos no podían formar parte del mundo civilizado, pues aunque su forma era de hombres, su comportamiento lo era de bestias. Por tanto, aquello se iba a convertir en una buena disculpa para crear la imagen de un tipo de monstruosidad que se trató de extender con frecuencia al conjunto de los indios como forma justificativa del dominio. Es muy conocido el caso de fray Tomás Ortíz, fraile dominico, que escribió un alegato ante las leyes de Burgos, en el que atribuye al americano todas las características míticas bestiales del salvaje: antropofagia, lascivia, desnudez, falta de raciocinio, gusto desmedido por el vino, que comía hierbas silvestres, de bajos modales, crueldad, ilegalidad: por todo ello, el indio no merecía gozar de libertad;⁷⁸ aunque esta posición inicial se fue alterando, hasta el punto de convertirse en un gran defensor de los naturales cuando era obispo de Santa Marta. Alvar Núñez Cabeza de Vaca nos relata cómo Irala dio permiso a los indios que le acompañaban para que matasen y comiesen a los

⁷⁴ Cieza, *Crónica*, c. XCV.

⁷⁵ Antonio de Solís, *Historia de la conquista de México*, México: Porrúa, 1996, L. III, c. XIV.

⁷⁶ Alejandro Geraldini, *Periplo hasta las regiones situadas al sur del equinoccio*, León: Universidad, 2009, L. XV.

⁷⁷ Juan de Solórzano Pereira, *De indiarum iure sive de Justa Indiarum Occidentalium Gubernatione*, Madrid: Francisco Martínez, 1639, L. II, c. 9, 1.

⁷⁸ Anglería, *Décadas*, D. VII.

indios enemigos. Pero también entre los antropófagos se hicieron diferencias, como Francisco Hernández, quien mencionando a Plinio, distinguía entre quienes comían carne humana ritualmente o lo hacían con placer.⁷⁹

Obviamente también hubo grandes defensores de su humanidad desde los primeros momentos y valgan como ejemplos los célebres casos del sermón de Montesinos o los escritos de Las Casas, incluso el mencionado Tomás Ortiz. López de Gómara en la dedicatoria a Carlos I de su *Historia*, decía que los “hombres son como nosotros; fuera de color, que de otra manera bestias y monstruos serían y no vendrían, como vienen, de Adán”. Sin embargo, no fueron solo los españoles quienes propagaron la existencia de indios antropófagos, pues llegaron a tener más impacto en el desarrollo de esa idea las imágenes que salieron de algunas prensas europeas, como la representación del caníbal por Johan Froschauer en 1505 con el título *Amerikaner*; o las ilustraciones del libro de Hans Staden sobre los indios que lo capturaron en Brasil y que se dedicaban al canibalismo,⁸⁰ por citar dos casos.

Todo lo anterior nos puede servir como ejemplo para apreciar que la imaginación suplantó la falta de seres monstruosos, porque la existencia de los mismos daba al conquistador una proyección de héroe clásico o de caballero medieval. Evidentemente en el mundo medieval nadie había visto espectaculares monstruos con o sin origen clásico, pero se creía en ellos, porque era obvio que la naturaleza podía generar seres defectuosos, de ahí el éxito de obras como la de Mandeville. Pero, como dijimos, el no verlos no implicaba el no creer; y quienes pasaron a las Indias, con cierta frecuencia, nos los mencionan, no solo por la tradición medieval, sino porque en el mismo Renacimiento había que incorporar a la naturaleza a aquellos seres míticos, especialmente en un lugar desconocido como las Indias.

Los seres híbridos

Los animales fantásticos, que habían formado parte del mundo clásico y del medieval, surgían con fuerza en el Renacimiento. El arte americano nos presenta en su iconografía todo tipo de seres fantásticos, como los que había en el arte europeo. Recordemos las representaciones de sirenas en las orillas del Titicaca, el túmulo de Carlos I en México, los conventos de San Gabriel de Cholula o la riquísima iconografía de Actopan y Acolman, donde vemos grifos, unicornios, aves de todo tipo, etc. aludiendo a una simbología cristiana heredada de Grecia y Roma.

⁷⁹ Francisco Hernández, *Antigüedades de la Nueva España*, Madrid: Dastin, 2000, p. 122.

⁸⁰ Hans Staden, *Vera historia y descripción de un país de las salvajes desnudas y feroces gentes devoradoras de hombres situado en el Nuevo Mundo América*, Buenos Aires: Coni, 1974.

Poco a poco iba fracasando el hallazgo de grandes cuadrúpedos; es más, La Española y las demás islas carecían de animales de cierto tamaño, lo que extrañó a algunos cronistas y todavía trataban de explicarlo el P. Acosta o Gregorio García, que tomó al primero como autoridad.⁸¹

Frente a ello, los híbridos de ser humano y animal surgían en las fantasías de los nuevos pobladores, alimentado incluso por las tradiciones prehispánicas, aunque no siempre. Seres de los que diría Spinoza, que solo existían en la imaginación y solo se podían considerar como sueños que diferían tanto de Dios como el Ser del no-Ser.⁸²

Algunos de los que primero se tuvo noticia fue de los sátiros, que en la mitología griega eran representados de distintas formas: con la parte inferior del cuerpo de caballo o de macho cabrío, también a la inversa; pero casi siempre con cola y asociados a una sexualidad desahogada. De ellos tuvo noticia Colón.⁸³ Como los sátiros, que aparecen colocados en América en el texto de Guazzo, otros monstruos y seres fantásticos la poblaron en versiones legendarias, recogidas en los relatos de los cronistas. Las variedades de híbridos surgieron por doquier. Luis Ramírez escribía a Caboto y le decía que en Río de la Plata tuvo noticias de seres con pies de avestruz.⁸⁴ En Paraguay se vieron hombres con nariz de mono, que saltaban de rama en rama.⁸⁵ Interesante es el relato de León Pinelo de los cruces de monos/monas con hombres/mujeres, que daban lugar a una raza de cabeza humana, cuerpo velludo y extremidades de mono.⁸⁶ Los ejemplos son innumerables, pero pasemos a ver algunos de aquellos seres híbridos de herencia clásica, que los europeos creyeron hallar en América.

Las amazonas y las sirenas tuvieron una tradición muy duradera; las primeras dieron nombre a la extensa región al este de los Andes centrales y las segundas continuaron figurando en la iconografía andina colonial y serían denominadas por Bernabé Cobo como “pejemulier”.⁸⁷

Las sirenas, que eran aquellos seres que atraían con sus cantos a los hombres para llevarlos a la muerte, aparecieron pronto en las aguas americanas. La Edad Media las mantuvo como símbolo de la lujuria y Martín de Braga y san Isidoro

⁸¹ Acosta, *Historia*, L. I, cc. 19-20. García, *Origen*, L. I, c. IV, 2-3.

⁸² Baruch Spinoza, *Epistolario*, Buenos Aires: Colihue, 2007, p. 213.

⁸³ Gil, *Mitos* I, pp. 40-42.

⁸⁴ Eduardo Madero, *Historia del puerto de Buenos Aires: descubrimiento del Río de la Plata y de sus principales afluentes, y fundación de las mas antiguas ciudades, en sus márgenes*, Buenos Aires: Ed. Buenos Aires, 1939, apéndice 8.

⁸⁵ José Guevara, *Historia de la conquista del Paraguay; Río de la Plata y Tucumán*, Buenos Aires: Ostwald, 1882, L. I, P. I.

⁸⁶ León Pinelo, *Paraíso* II, p. 66.

⁸⁷ Bernabé Cobo, *Obras* I, p. 293.

las mencionan como una mezcla de mujer y de pájaro, que con su música provocaban el naufragio de los navegantes.⁸⁸ En las Indias creyó verlas Colón, según apunta en su diario el 9 de enero de 1493, aunque dijo que no eran tan bellas como las pintaban y tenían cara de hombre. Estaba sacando aquella conclusión ante la vista de los manatíes. Caboto, cuando salió a la búsqueda del Paso al servicio de Inglaterra, en 1522, escribió unas instrucciones para los marineros que le iban a acompañar y les recomendó precaverse contra “los artificios de ciertas criaturas que con la cabeza de hombre y cola de pescado” andaban por las ensenadas con arcos y flechas y comían carne humana. Lo cierto es que los manatíes se harían famosos en los textos americanos desde que fueron identificándose con las sirenas mitológicas. Incluso Felipe II llegó a tener uno, que debía ser la sirena muerta que llevó a Génova, en 1548, junto a dos “sátiros”, todos traídos de las Indias.⁸⁹ Ante las dudas de que aquellos seres pudieran ser las sirenas, el P. Nüremberg manifestó que no todo era fingimiento respecto de arpías y sirenas en las Indias, aludiendo a la autoridad de Mártir de Anglería o a las noticias de Gil González Dávila, que contó haber visto unos peces cerca de Panamá, que cantaban con gran armonía y suavidad.⁹⁰ También dijo haber visto una en el Caribe el explorador inglés John Smith, en 1614, que la describe como atractiva, con su melena verde, e influyente hasta el punto de causarle “los primeros efectos del amor”.⁹¹ Incluso en las Molucas capturó una el gobernador holandés Miner van der Stell. Pero incluso creyeron verlas en lugares más fríos, como la de Richard Whitburne en Terranova, en 1610; y aquella de la que se destacó su hermosura, que los españoles vieron en Chiloé, en 1632.⁹²

La existencia de las sirenas encontró fácilmente una adaptación en el mundo americano a través de la mitología prehispánica, como las del Títicaca, que en realidad eran las diosas Quesintuu y Umantuu, con las que pecó el dios Tunupa, que serían representadas en la obra de Huaman Poma de Ayala⁹³

⁸⁸ Martín de Braga, *Instrução Pastoral sobre Superstições Populares. De Correctione Rusticorum*, Lisboa: Cosmos: 1997. e ISID. II, 3, 30.

⁸⁹ Marco Guazzo, *Historiae di M. Marco Guazzo de le cose degne di memoria, cosi in mare come in terra nel mondo, successe del 1524 sino a l'anno 1552*, Venecia: Giolito di Ferrari, 1552, pp. 680-682.

⁹⁰ Nüremberg, *Curiosa*, L. IV, c. VII.

⁹¹ Johann Ludwig Gottfried, *Historia antipodum: oder vahrhaftige und vollkommene Beschreibung aller Westindianischen Landschaften, Inseln Königsreiche und Provinzen*, Frankfurt: Matthaeus Merian el Viejo, 1631.

⁹² Alberto Mario Salas, *Para un bestiario de Indias*, Buenos Aires: Losada, 1968, p. 42.

⁹³ Huaman Poma de Ayala, *Nueva Crónica y buen gobierno*, 2 vols., Caracas: Ayacucho, 1980, f. 316.

y que dieron lugar a lo que se ha llamado “sirenas de altura”,⁹⁴ como las que en el arte podemos encontrar en las portadas de la catedral de Puno, de San Lorenzo de Potosí y otras muchas iglesias andinas, sin olvidar portadas de libros, como la que ilustró el libro XIII de la obra de Teodoro de Bry, en 1628. También de tradición prehispánica aparece en *La Argentina*, al hablar de la laguna de Itapua:

La sirena también, bella y hermosa
como una bella dama, ha parecido
en medio esta laguna, y aun gimiendo
y sus doradas crines esparciendo.⁹⁵

Autores conocedores de la mitología clásica no tardaron en relacionar en las Indias a las sirenas con los tritones. Así, ya en los primeros tiempos Anglería relata que en Araya y Cubagua hay seres con cabeza de hombre y extremidades de pez.⁹⁶ El mismo autor, al hablar de la región que llama Inzignanin, aunque lo califica de tontería, decía que allí llegaron hombres con cola rígida con la piel áspera como escamas y que solo comían pescado.⁹⁷ León Pinelo menciona de nuevo las sirenas de Araya y establece claramente la relación al sacar la conclusión de que donde hay sirenas hay tritones; incluso luego nos relatará la visión del tritón que tuvo Juan Lerio Burgundo en su viaje a Brasil.⁹⁸

Pocos seres híbridos como los grifos encontraron tanta atención en las Indias. En el mundo clásico se vinculaban a Apolo, como deidad distante, mientras que en el cristianismo, aunque su significado era polivalente, simbolizaban también a Cristo o a la resurrección. Pero en las crónicas parece que, por lo general, tienen mucho más que ver con el mundo pagano. Incluso se consideraba su existencia por hombres tan poco proclives a las fantasías como Gonzalo Fernández de Oviedo, que los aceptaba por su mención en el *Levítico* 11. Biscelius, en una fecha tan tardía como 1647, los menciona como auténticos en las costas occidentales de Norteamérica.⁹⁹ De todos modos, en el grifo se vieron muchas acepciones. Por un lado, la maligna, pues para

⁹⁴ Luis Millones Santa Gadea e Hiroyasu Tamoeda, “Sirenas de altura”, en *El arte de vivir o la alegría sin límites de Félix Oliva*, Sevilla: Fundación El Monte, 2005, pp. 233-249.

⁹⁵ Del Barco, *La Argentina*, c. 3, 957-960.

⁹⁶ Anglería, *Decadas*, D. VIII c. VII.

⁹⁷ Anglería, *Decadas*, D. VII, c. II.

⁹⁸ Antonio de León Pinelo, *El Paraíso del Nuevo Mundo: comentario apologético, historia natural y peregrina de las Indias Occidentales, islas de tierra firme del mar Oceano*, 2 vols., Lima: Torres Aguirre, 1943, I, pp. 117-118.

⁹⁹ En Charles E. Chapman, *A history of California. The Spanish Period*, Nueva York: Macmillan, 1921, p. 61.

los cristianos los grifos eran también la representación de la destrucción. Las grandes huellas de bestias, que dice Gonzalo Fernández de Oviedo que se encontraron en el segundo viaje de Colón, el cronista Bernáldez las relacionó con grifos o leones.¹⁰⁰ Antonio de Solís nos menciona que el escudo de los Moctuzumas iba ornado con un grifo. Motolinia, y siguiéndole también Castellanos, nos relató la historia de los grifos de Tehuacan, que bajaban a un valle y se llevaban a los hombres entre las uñas para comérselos, aunque hacia ya 80 años que no acudían.¹⁰¹ Bernardo Vargas Machuca nos relata la historia de un grifo que atacó a un soldado en Venezuela.¹⁰² Francisco Hernández menciona unas aves del Perú, que relaciona con los grifos de Plinio, con alas de oro, que arrebatan indios con las uñas y los devoraban; aunque se planteaba la duda de si eran grifos, cóndores u otras aves. En el Río de la Plata había unas sierras altas con montes blancos, como consecuencia de los huesos de hombres y animales que comían los grifos, por lo que los seres humanos debían vivir en las selvas para poder defenderse y esconderse cuando oían el ruido de su vuelo.¹⁰³

Pero el grifo también se asimilaba con la guarda de los tesoros, pues no en vano custodiaba los de Apolo en el País Hiperbóreo (Her. 4, 13). Esta acepción fue fácilmente adaptable a América, con sus riquezas, con frecuencia en lugares casi inaccesibles. El grifo, pues, nos aparecerá protegiendo esos espacios y vigilante del oro y las piedras preciosas. Fernández de Oviedo, recurriendo al *De proprietatibus rerum*, decía que guardaban en su nido las esmeraldas para protegerlas de las bestias. Fernando Montesinos, en el capítulo XVIII de su obra decía que dichas piedras eran extraídas y vigiladas por esos seres, que las protegían de los hombres.

Relacionadas con los grifos, tampoco podían faltar las arpías (VERG. *Aen.* 3, 215-217; *Ov. fast.* 6, 133). En un romance anónimo sobre la arpía americana se dice:

Es la arpía horrendo monstruo
que ya Virgilio en su tiempo
dejo en sus versos marcado
por odioso, hediondo y fiero.¹⁰⁴

¹⁰⁰ Fernández de Oviedo, *Historia*, c. CXXVIII. Andrés Bernáldez, *Memorias del reinado de los Reyes Católicos*, Madrid: Real Academia de la Historia, 1962, c. CXXVIII.

¹⁰¹ Toribio de Benavente (Motolinia), *Memoriales e Historia de los Indios de la Nueva España*, Madrid: Atlas, 1970, T. III, c. VII. Juan de Castellanos, *Elegías*, D. II c. IX.

¹⁰² Bernardo de Vargas Machuca, *Milicia y descripción de Indias*, 2 vols., Madrid: Victoriano Suárez, 1892, p. 135.

¹⁰³ Juan de Torquemada, *Monarquía Indiana*, 3 vols., México: Porrúa, 1986, L. XIV, c. XL.

¹⁰⁴ Agustín Durán (ed.), *Romancero general o colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*, 2 t., Madrid: M. de Rivadeneyra, 1854, II, p. 390.

Luego continúa diciendo que huyeron a América, donde establecieron su hogar y hace toda una descripción de ellas. En la expedición de Vasco Núñez de Balboa a las minas de Dobayba se decía que, antes de llegar los españoles, vieron una gran tempestad tras la cual se pudo ver algo parecido a dos arpías con cara de mujer y garras y alas de águila, tan grandes que rompían ramas de árboles y capturaban hombres que llevaban a un monte a devorarlos. Lograron capturar a la más vieja y nunca se volvió a ver a la joven.¹⁰⁵

Un ser que no podía faltar en América era el unicornio. Símbolo contradictorio en la cultura europea, puede representar al ser malvado pero también al bondadoso, hasta el punto de servir iconográficamente a la figura de Cristo. Ctesias de Cnido, que fue quien primero lo popularizó en el siglo IV a. C., lo describe en la India como un animal semejante a un caballo blanco, cabeza roja y ojos de un intenso azul, que tenía un cuerno negro con la base blanca y el extremo rojo, el cual tenía propiedades medicinales en caso de dolencias estomacales, envenenamientos o epilepsia. Propiedades medicinales de las que incluso se encuentran rastros en América, pues se dice que Catarina de San Juan, lo utilizaba como remedio en sus actividades de curandera en Puebla de los Ángeles, en el siglo XVII. Probablemente esto tenga que ver con el rinoceronte, con el que a veces se le confundió. La imagen de Physiologhos (s. II d. C.) cuenta que el unicornio es una criatura del tamaño de una cabra, graciosa y juguetona, pero muy difícil de atrapar, existiendo un sólo método para tal fin: ofrecerle al unicornio una virgen como cebo, pues al encontrarse frente a ella su carácter mudaba a un estado pacífico y tranquilo por lo que se le podía capturar fácilmente.

Pronto hubo que justificar su presencia en América, hasta el punto de que hay quien lo identificó como figura de este continente, de la misma manera que el elefante lo era de África. Esa identificación tenía un carácter positivo, no solo por su virtud y aspecto, sino porque, lo mismo que este ser protegía a los animales de otras fieras, América había protegido a muchos españoles que allí habían hallado la estimación y riqueza que no podrían haber encontrado en su patria, hasta el punto que también la denominó el mismo autor como “los pezones de España”.¹⁰⁶ Cuando se produjo la firma de paz de España y Francia, en 1598, en Venecia se hizo una alegoría de América sentada sobre un rinoceronte; evidentemente esta imagen no era muy diferente a la que había llevado Colón, de un ser salvaje y de aspecto poco agradable en la tradición de Marco Polo.¹⁰⁷ Pero no todos se dejaban arrastrar por la fantasía y

¹⁰⁵ Anglería, *Décadas*, D. VII c. X.

¹⁰⁶ Andrés Ferrer de Valdecebro, *Del Gobierno general, moral y político hallado en fieras y animales silvestres, sacado de sus naturales propiedades y virtudes*, Madrid: Antonio Zafra, 1980, L. IV, especialmente c. XXXIV.

¹⁰⁷ Gil, *El libro*, p. 141.

ya Gómara negaba la existencia de los unicornios en las Indias, así como la de los elefantes, lo que le sirvió para negar la presencia de las naves de Salomón, pues regresaban tanto con marfil como con cuernos de unicornio.¹⁰⁸

Fray Marcos de Niza, en su viaje a Cibola, alegaba que le habían llevado un cuero de un animal que tiene un solo cuerno en la frente, que se encorvaba hacia los pechos y del que salía una punta derecha, con una gran fuerza en el mismo y cuyos ejemplares abundaban.¹⁰⁹ Precisamente allí creyó haberlos visto el contador Rodrigo de Albornoz, aunque obviamente no eran tan esbeltos y ágiles como los mostraba el arte europeo.

Lo cierto es que el arte americano no se sustrajo a esta representación, pues lo podemos encontrar, por ejemplo, en el túmulo de Carlos I en México, en la representación de la Clemencia; e incluso en el grabado sobre la creación, que aparece en la obra de Valadés, entre decenas de ejemplos.

Al llegar el siglo XVIII, los animales fantásticos, sin que desapareciesen, tendieron a reducir su presencia a un muy segundo plano, en la medida en que las influencias de la Ilustración tendieron a eliminar aquellas fantasías, como lo describiría José Mariano Mociño en la inauguración de las lecciones del Real Jardín Botánico de México, en 1801, al decir:

Vivimos en un siglo, en que el genio de la exactitud ha apoyado su mano firme sobre todos los conocimientos humanos, y ha hecho desaparecer con su peso las hipótesis infundadas, las opiniones antojadizas, y las ligeras credulidades.

¹⁰⁸ Francisco López de Gomara, *Historia general de la Indias y vida de Hernán Cortés*, Caracas: Ayacucho, 1979, c. CCXX.

¹⁰⁹ Marcos de Niza, "Relación", en *CODOIN América*, Madrid: Manuel B. Quirós, 1865, III, p. 341.